Num. 24 DOMINGO 15 DE SETIEMBRE DE 1839. 6 ctos

La Redaccion y administracion se hallan establecidas en la calle del Príncipe, número 13 cuarto entresuelo.

La Esperanza,

Se suscribe en Madrid en la librería de Cuesta, frente de las covachuelas, en la estamp. de Valle, c. de Carretas.

PERIODICO LITERARIO.

El pañuelo blanco.

I.

—Por cristo! Chaviné, al menos di su nombre.

—Os cansais en vano!

—Señores, Chaviné es muy celoso. Que este vaso de Champaña me trastorne el sentido, si no teme que le soplemos la dama.

—No es esa la causa de mi silencio, si no...

—Acaba!

—Yo os lo diria con el mayor placer, pero hay un pequeño inconveniente.

—¿Cuál es?

—Que no sé su nombre.

—Bah, bah, bien lo decia yo. Qué pretesto!

—Os engañais, y en prueba de ello, voy á referiros todo lo que me ha acaecido, omitiendo siempre el nombre de la heroina, por la razon que ya he manifestado.

—Ah, ah! (los circunstantes aproximan los asientos á la mesa y reunen los vasos.

—Es una historia admirable, sorprendente, prodigiosa, increible...

—No te vengas con preámbulos ni circunloquios.

—Os advierto que es algo larga y oscura...

—En ese caso bebamos para aclarar las ideas,

—Hace tres semanas, á los tres dias de llegar á Grenoble, que volvia yo de dar un gran paseo por las márgenes de Isere, cuando un grito penetrante asustó á mi caballo, faltándome muy poco para que me arrojase al rio. Al poco tiempo un lobo furioso...

—Bien, bien, ya sabemos la historia del lobo, porque la has referido varias veces.

—Sí, pero lo que no os he dicho es, que despues de haber muerto al lobo, hallé á poca distancia una muger desmayada, á quien prodigué todos los socorros que permitian el sitio y las circunstancias; es decir, que empapé un pañuelo en el rio, y se lo esprimí en las sienes.

—Perfectamente! ¿Y volvió en sí?

—Muy tarde. Ya hacia mucho que habia oscurecido, y por mas que la supliqué no pude obtener de ella la menor esplicacion, porque el terror habia tras-

tornado sus ideas. Bien hubiera yo querido cabalgarla en mi caballo; pero ni el genio fogoso de éste lo permitia, ni la situacion en que se hallaba aquella muger lo hacia posible. En tal estado me decidí á esperar á que ameneciera ó á que acabase de recobrar enteramente su razon.

—¿Y al dia siguiente?

—Al dia siguiente mi bella desconocida me hizo jurar que no la seguiria, ni que jamas trataria de averiguar su nombre. Asi lo hice y para premiar mi obediencia...

—¿Te dió una sortija, un brazalete, ó un rizo, segun costumbre entre caballeros errantes y princesas estraviadas?

—Nada de eso; me pidió un pañuelo.

—Par diez! el desenlace es singular! Pues señor, si no te han robado, quiero que este vaso de Champaña se me vuelva...

—¿Con que crees que me han robado?

—Y con astucia. Si vuelves á ver tu pañuelo ni tu desconocida...

—Ya los he visto dos veces.

—¿Donde?

—No lo sé.

—Vamos, ó estas ébrio, ó te burlas de nosotros.

—Ni lo uno ni lo otro. Dos veces me ha presentado una mano desconocida mi pañuelo blanco, y me ha conducido á la Cruz roja. Allí me vendaron los ojos, haciéndome andar por espacio de veinte minutos, dando mil vueltas, segun me figuré; y cuando me quitaron la venda de los ojos...

—¿Qué vistes?

—Absolutamente nada, porque estaba en tinieblas; pero á los cinco minutos, me condujeron á una pequeña habitacion vaporosamente iluminada, donde estaba mi bella desconocida.

—Gracias á Dios, ya me empezaba á dar ciudado tu aventura... Un leve golpe dado en la ventana baja de la sala del meson donde se hallaban reunidos los amigos, interrumpió la conversacion. Chaviné se dirigió á la ventana, y al tiempo de entreabrir el postigo, un pañuelo blanco cayó en la habitacion, pronunciando una voz de hombre las siguientes palabras: *A la cruz roja.*

—Par diez! esclamó Heredie, que no habia tomado parte en la conversacion mas que para decir «Bebamos.» Par diez querido Chaviné, tu princesa esta algo constipada! Vive Dios que parece un Sochantre.

—¿Buena andanza? amigo Chaviné esclamaron todos al ver que se disponia á partir.

—Buena noche, tartamudeó, Heredie recostándose sobre la mesa. Chaviné, cuidado con tu desconocida, porque su voz no me ha agradado...

II.

En una pequeña habitacion sencillamente amueblada y alumbrada solo por una lámpara, estaba una jóven disponiéndose para entregarse al sueño. Al menor ruido que sentia, una agitacion repentina alteraba su semblante, é involuntariamente se dirigia á la puerta de la habitacion, aplicando el oido á la cerradura y las manos al pecho, como si tratára de comprimir los violentos latidos de su corazon. Pero asi que se desengañaba de que los sauces agitados por el viento era la causa que habia motivado su turbacion, lanzaba un profundo suspiro y volvia á sentarse sobre su cama diciendo: «No es él.» Al poco tiempo le pareció oir pasos en la habitacion contigua, y

con la rapidez de un rayo se precipitó hácia la puerta escuchando atentamente... Pero esta vez no se engañó. «¿ Quien está ahí? " preguntó con voz ahogada. Y sin contestar introdujeron una llave en la cerradura... ¡ Dios mio! es él ! y el pañuelo...

— El pañuelo, hélo aqui, el amante alli está... Muy mal escogeis vuestros confidentes. Ya veis que somos cuatro los que conocemos el secreto.

El infierno abierto á los pies de aquella desgraciada muger, la hubiera aterrado menos que la aparicion del hombre! que tenia en su presencia. Porque aquel hombre era su marido, y su marido era Gillermo el Tigre.

— ¿ Es asi como me recibís, en lugar de agradecerme el trabajo que me he tomado buscando á vuestro marques, lloviendo á mares, y de la distancia que hay desde aqui á Grenoble?

Guillermo el Tigre hubiera continuado en este tono irónico si la jóven le hubiese oido; pero semejante á un cadáver que herido por un rayo conserva todavía alguna apariencia de vida, asi se hallaba aquella infeliz en la situacion mas terrible, sin poder articular una palabra ni de reconvencion ni de disculpa.

— No me creeís, continuó Gillermo; pues voy á convenceros y á desenojaros. Yo os enviaré aqui una persona que os disipará vuestro mal humor; pero os aconsejo que aprovecheis bien el tiempo porque regularmente esta entrevista será la última. Ya os devolveré mas tardo el pañuelo; tal vez lo necesitaré en este momento. Ya nos veremos...

Gillermo salió de la habitacion, y al cabo de dos minutos, que fueron dos siglos para aquella desgraciada, entró en la habitacion un jóven y se precipitó en sus brazos, esclamando ella al verle.

— Chaviné !.. Ah! yo te bendigo Dios mio; No le ha asesinado !..

— Asesinado! ¿Que dices?

— Mas bajo, mas bajo! somos perdidos.

— Tranquilizate Maria. ¿ Qué ocasiona tu terror? ?Qué temes?

— No sabe nada! y no poder decirle!.. Me amais Chaviné?

— ¿Si te amo? Es preciso que te lo vuel va á jurar de nuevo?

— No, no, os creo, pero huid, huid os lo suplico de rodillas, porque os va en ello la vida.

— Huir: ¿y por qué? que peligro nos amenaza?

— Habeis caido en un horrible lazo.. Nada mas puedo deciros para que os salveis, huid, no os detengais.

Verdaderamente no os comprendo, María; pero decidme, dónde estoy!

— Si os deteneis un momento lo sabreis y os pesará. Huid os repito, por compasion, si apreciais vuestra vida y la mia.... ¡Ah! esta ventana dá á un rio, pero sabreis nadar,.... es verdad..... pues salvaos y yo moriré sola.

— Morir vos?.... ¿Vuestra vida está en peligro y quereis que parta? No, María, todo es comun entre nosotros; y si vos debeis morir aqui, Chaviné os servirá de muralla mientras su corazon lata en su pecho.

— Pero estais sin armas.... Y ademas un hombre contra cuatro..... No, no, partid... partid al instante, si no quereis que espire á vuestros pies.

— Bien, partiré, pero con vos María... La ventana no está muy elevada..... diez pies cuando mas.... yo nado como un pez y respondo de vuestra vida. Al instante, dadme una sábana, una cortina, cualquier cosa para descolgarnos.....

Con la rapidez del pensamiento arrancó Chaviné una cortina, la aseguró perfecta-

mente, y cogiendo á María se dirigió á la ventana....

Guillermo el Tigre fué el primer objeto que se presentó á su vista; quien le dijo con sarcasmo: «Esperad un momento: ¡qué diablos! no hay tanta prisa».....

María dió un grito y cayó desmayada, Chaviné trató de precipitar á Guillermo al rio; pero este se asió con una mano á la ventana y con la otra cogió á su adversario por el cuello, y lo arrojó en medio de la habitacion.

—Ahora nos veremos, señor marqués. ¡Hola! Jacobo, Roberto, aqui, muchachos, concluyamos nuestra tarea. ¿Está todo dispuesto?

—Todo.

—Entonces manos á la obra. El señor marqués nos ha ahorrado el trabajo de quitarle su frac, y es una atencion que debemos recompensar haciendo las cosas en conciencia. Acabemos....

—¡Miserables bandidos! gritó Chaviné levantando los puños y arrojándo espuma por la boca, asesinarme, pero socorred á esa desgraciada.

—Gracias por el consejo, dijo Guillermo con una sonrisa de hiena, pero sabemos muy bien lo que nos queda que hacer. Jacobo, haz de este pañuelo una mordaza y colócala en la boca del señor marqués.... Ya conocereis el pañuelo, ¿no es verdad?

—Chaviné hizo un esfuerzo para responder; pero dos brazos de hierro le suspendieron como á una pluma, colocándolo boca-abajo sobre la cama, de modo que le quitaba la respiracion. Entonces le arrancó Guillermo su camisa hasta la cintura, y tomando de las manos de uno de sus satelites un hierro ardiendo que aquel le presentó, lo apoyó en la espalda de Chaviné gritando: «Marqués de Chaviné, acuerdate de Guillermo el Tigre, y de la venganza del verdugo».....

III.

Uno de los dias del mes de junio de 1793, habia un inmenso gentío en el tribunal revolucionario de Marsella, porque debian juzgar á varios nobles acusados, unos por conspiradores contra el estado, y otros por tentativas de emigracion. Los coloquios eran muy animados en el *Pretorio*, y muy particularmente en un grupo que se hacia notable por su exaltacion.

?Sabeis, vecinos, que se nota mucha actividad en el tribunal de quince dias á esta parte? En tan poco tiempo han quitado de enmedio treinta conspiradores aristócratas.

—Muchos hay todavía que despachar. A propósito, ¿no sabeis la noticia que corre esta mañana? El verdugo Guillermo el tigre ha muerto la noche pasada.

—¿De veras? Pues poco tiempo ha ejercido su oficio en Marsella. ¿Cuánto tiempo hace que vino de Grenoble?.

—Dos ó tres meses, cuando mas.

—¿Y se dice quién le remplaza? porque ahora no puede estar vacante mucho tiempo la plaza de verdugo.

—Creo que le sucede uno de los satélites ó ayudante que tenia á su lado, un tal Jeromo Pravo, y si no me engaño, es el mismo que viene hácia aqui.

—Hola, Jeromo; ¿adónde bueno?

—Vengo á presenciar el juicio de los aristócratas, y segun me han informado hay una buena runflá de nobles.

—Sí, entre otros están el ex-marqués Dasalto, el ex-conde de Revilla y el ex-marqués de Chaviné..... este es el primero que deben juzgar.....

La violenta agitacion que se notó en la concurrencia, por haber empezado el tribunal la sesion, interrumpió el coloquio.

Asi que el presidente y los jueces ocuparon respectivamente sus asientos y el fiscal hubo impuesto silencio al auditorio, mandaron entrar al primer acusado, al marqués de Chaviné, y al verle, Jeromo Pravo dirigió una mirada de inteligencia á una persona que se hallaba al estremo de la sala, confundida entre el inmenso gentío que presenciaba el juicio.

—Acusado, dijo el presidente, ¿cuál es tu nombre y apellido?

—Juan María Neulan.

—¿Luego insistes en negar que eres el ex-marqués de Chaviné, como lo prueban los papeles hallados en tu cartera el dia de tu prision?

—Insisto.

—¿Y no tienes otra prueba que dar de tu indentidad, mas que tu palabra?

—Por ahora no: tal vez dentro de algunos dias.....

Al llegar aqui se detuvo, por haber llamado su atencion un pañuelo blanco que vió agitarse en medio de los espectadores... Y Jeromo Pravo, haciéndose paso por medio de la concurrencia, llegó hasta el tribunal, diciéndole al presidente:

—Yo conozco al acusado.

—¿Es el ex-Marques de Chaviné?

—No, es Juan María Neulan, á quien he marcado yo mismo con un hierro ardiendo en Grenoble, hace dos años. Yo soy Jeromo Pravo y me encargo de probar la verdad de mis palabras, mostrando al tribunal la marca en este momento

Al oir estas palabras un movimiento de sorpresa se notó en los bancos de los jueces; y obedeciendo á una señal hecha por el presidente, dos soldados condujeron al acusado á una habitacion inmediata seguidos de uno de los jueces y de Jeromo. Diez minutos emplearian en la prueba, y al cabo de este tiempo continuó la sesion.

—Ciudadano presidente, dijo el juez que entró con el acusado: cuanto ha dicho el testigo Jeromo es cierto: este hombre está marcado por mano del verdugo. Ademas el ciudadano Jeromo tiene una carta caida segun dice, de uno de los bolsillos del acusado, y esta carta tiene el sobre á Juan María Neulan.

—¿Por qué no la ha mostrado desde luego y no hubiera perdido el tribunal media hora de tiempo?....

Que conduzcan al número 2, al ex-conde de Revilla.....

IV.

Tres cañonazos habian sonado para avisar al puerto que el navio *Veloz* elevaba el ancla, haciéndose á la vela para la América del Norte. Un gentío inmenso de curiosos saludaban desde la orilla á los pasageros, quienes contestaban con las mayores muestras de alegria por alejarse de la córte de la desgraciada Francia.

Mientras que el *Veloz* surcaba á toda vela las espumosas aguas del Océano, un jóven apoyado en el bordo de proa del buque tenia en sus manos una carta de la que no apartaba la vista, sino para dirigirla hácia un objeto que gradualmente desparecia en el horizonte del puerto.

La carta solo contenia estas pocas líneas.

» Imposible me es describir el placer que siento cuando recuerdo que os he salvado la vida. Perdonadme el infame medio de que me he valido para conseguirlo; pero al ver pendiente sobre vuestra cabeza la cuchilla, nada me arredró... A fuerza de oro pude comprar al miserable que os salvó, y solo exijo por recompensa que os acordeis alguna vez de la desgraciada *María*

El objeto que llamaba la atencion del jóven hácia el puerto, haciéndole der-

rramar copiosas lágrimas; era un pañuelo blanco, cuyas ondulaciones distinguia al través de la bruma. S.

VIENA.

Esta antigua Ciudad, capital del Archiducado de Austria y de toda la monarquía, donde reside el Emperador, está situada á la confluencia del rio Wiex, con el Danubio, y construido sobre las ruinas de la antigua *Viudebona*.

Muchos son los magníficos monumentos que encierra Viena en su recinto desde la época de los Romanos, pero el que mas sobre sale por su suntuosidad es la Catedral de San Mauricio, cuya gótica arquitectura es la admiracion de cuantos la contemplan.

La Ciudad de Viena en los tiempos de su mayor esplendor y gloria, se estendia mas de 1,300 métros sobre las márgenes del Rhone, y sus muros defendidos por torreones cerrados, tenian diez y ocho pies de espesor, y encerraban cinco montañas conocidas con los nombres de Monte Salomon, Monte Arnold, Monte Quirinal Monte Capron y Monte Pipet.

Viena tiene una célebre universidad, biblioteca publica, academia militar, colegio de lenguas orientales, museo de historia natural, rico arsenal; y el magnífico palacio imperial Belbeder, está situado en el arrabal de Landstrasse. La generalidad de las callés son estrechas y sucias y las casas son de piedra y tienen seis pisos. El soberbio castillo ó sitio Real de Schoembrunn se halla situado á algunas millas de distancia de la capital.

El clima de Alemania es muy vario, y los paises que se hallan en el centro y á igual distancia del mar y de los Alpes, son los mas templados.

Hállanse en Alemania escelentes caballos para la carga y mucho ganado vacuno y lanar. Los javalíes son mayores que nuestros cerdos, y sus jamones son muy estimados. El gloton es el animal mas voráz que se conoce; se alimenta de pajáros, liebres, conejos, cabras y faisanes, y despues de haber comido mucho queda en tal estado de torpeza, que se deja coger por los cazadores con la mayor facilidad.

Cerca de Blackenburgo hay una caverna cuyo término no es aun conocido, á pesar de que muchos han penetrado en ella hasta la distancia de 20 millas.

La confederacion Germánica, formada por todos los estados de Alemania, para su defensa, es un cuerpo respetable y tiene mucho peso en la balanza política. Un pais dominado por tantos monarcas, bajo formas tan diferentes de gobierno, habria tenido una existencia muy precaria sin un centro de union, que destruyese los elementos de discordia, tan comunes entre estados limítrofes: este es el objeto de la confederacion; se vé por lo tanto, cuán necesario es á todos mantener inalterablemente tan sólida alianza, como la mayor salvaguardia de su independencia.

Estos pueblos convinieron gustosos en ponerse bajo la proteccion de Napoleon, con el nombre de confederacion del Rhin, por que tal apoyo los libraba de los bien fundados temores de sus vecinos, particularmente de la casa de Austria; mas en la actualidad están mejor defendidos por su misma fuerza combinada, y por la proteccion de las principales potencias de Europa, sin que esta les cueste los inmensos sacrificios que exigió de ellos el ambicioso guerrero, el capitan del siglo.

Seringapatan.

Plaza de San Miguel en Viena.

EXCESO DE COMPASION DE UNA MONJA.

Hallábase en el patio de un convento de monjas un molendero de chocalate acabando una faena que le habian encargade para las religiosas de aquella comunidad. El escesivo calor que hacia, pues era en el mes de julio, y la violencia de la operacion, tenian al robusto asturiano sudando la gota tan gorda, como suele decirse, ansiando el momento de ver terminado su trabajo para recibir el justo premio.

Una monja curiosa, como todas, se hallaba á la sazon asomada á una ventana desde donde veia preparar el cacao que habia de servir mas tarde para regalar su delicado paladar. Al ver los esfuerzos del asturiano y la fuerza que empleaba en la operacion, se compadeció de aquel desgraciado, hasta el estremo de llamar su atencion para hacerle un ofrecimiento que podria aliviarle segun ella creía de un trabajo inmenso.

Hermano, le dijo, con voz atiplada e compasiva: hermanito, repitió al ver que su voz no habia herido el asturiano timpano.» Conmovido mi compasivo corazon al ver el inmenso trabajo que empleais yen esa operacion, no he podido resistir á la piadosa tentacion de ayudaros, para hacéroslo menos penoso. He notado que cada golpe que dais con esa pesada barra de hierro va acompañado de un *ja* que parece arrancado de lo íntimo de vuestro pulmon; pues bien, yo quiero mortificarme en obsequio de la humanidad paciente, y estoy resuelta á aliviaros de este modo.

Para compartir entre los dos tan rudo trabajo, yo me encargo desinteresadamente de hacer *ja*, y vos seguireis moliendo con mucha mas facilidad por descargaros de la mitad de vuestra faena.

El molendero no pudo menos de reirse al oir semejante ofrecimiento y á pesar de que nada contestó á la caritativa monja, ésta empezó su penoso trabajo espirando un fatigoso *ja* cada vez que el asturiano daba un golpe.

Del origen de la poesia.

La poesia, este lenguage de las pasiones animadas, cuya forma es la ficcion, y su fin instruirnos con agrado, moviendo el corazon para imitar la virtud y las buenas costumbres, nació con los primeros hombres: rustica e imperfecta en su cuna, fue desenvolviendose poco á poco como las demas facultades del entendimiento humano; y es de presumir que, en la infancia de las Sociedades, sorprendido el hombre de imaginacion á vista de la naturaleza misma, elevára su mente alguna vez con entusiasmo á la region del poeta, á esa region llena de ensueños, de glorias y de vivas imagenes. La vida pastoril, la sencillez de costumbres, todo convidaba entonces á esperimentar dulces emociones; siendo verosimil que las primitivas gentes celebrasen en versos, aunque toscos, á sus dioses, á sus heroes, y los acontecimientos notables de su vida, No es pues aventurado decir que desde tan remotos tiempos se bosquejaron la elegia, la égloga, la oda, la comedia y aun la epopeya.

Nadie duda que los Hebreos, Egipcios y Caldeos hacian en verso muchas de sus leyes y dogmas religiosos; empero estaba reservada á una nacion, la Grecia, el haber dado impulso á la poesia y empezado á clasificar los poemas. Sin hacer mencion de Tales, Licurgo y Solon, vió aquella apacerer en su horizonte al inmortal Ho-

mero, quien cantó en sublimes metros el enojo de Aquiles, los viajes de Ulises, el cinto de Venus, la tierna despedida de Héctor y Andrómaca, el dolor de Priamo cuando templaba con sus lagrimas los furores de Aquiles: asi mismo vió nacer en su suelo el armonioso Pindaro y al virtuoso Sofocles, á quien nadie disputará la palma tragica: estos ingenios estraordinarios elevaron el buen gusto de la poesia, pero no por eso ha de creerse empezó esta entre los Griegos, quienes, amigos de atribuirse la invencion de las ciencias y artes, colocaron en el numero de sus dioses y como inventores de aquel arte encantador á Apolo, á Orfeo y Amfion. Por otra parte, casi todas las naciones conservan versos desde la mas remota antigüedad: los turdetanos, segun Estrabon, tenian leyes y poemas en verso; los galaicos ó gallegos, como dice Silio Italico, contaban escelentes poetas; los germanos, refiere Tacito, celebraban en sus poemas las hazañas de los héroes.

Luego que los Romanos avasallaron el hermoso pais de la Grecia, á donde venian de todas partes á recibir lecciones de buen gusto y elocuencia, la poesia fue aun mas cultivada: y en Roma Terencio, Ovidio, Libulo, Cátulo, Marcial, Virjilio y Horacio, fueron sucesivamente apareciendo en la republica de las letras y suavizando con sus versos las costumbres de la capital del mundo, que ya rendia sus armas al dominio de la inteligencia. Volcó el imperio Romano y con él decayó la poesia latina; aunque debemos advertir que en los ultimos años la cultivaron con esmero los ilustres Españoles, Lucano, Seneca, Silio Italico, Prudencio, San Damaso y algunos otros.

Los escritos griegos y latinos cundieron por los reinos limitrofes, y en Italia, Francia y demas naciones cultas de la Europa se formaron insignes poetas. No son por cierto dignos de la mayor atencion los vates Españoles que florecieron en los siglos XII, y XIII, pues hata el tiempo en que aparecieron Frai Luis de Leen, el fecundo Lope de Vega y demas poetas que honran nuestro Parnaso, la poesia entre nosotros no rayó en su perfeccion. Empezó á decaer en el reinado de Felipe IV á lo que contribuyó no poco el altisonante Gongora; y volvieronla á dar su esplendor las plumas de Huertas, Cienfuegos, Jovellanos, Quintana, Melendez, Iglesias y otra multitud de poetas, en cuyas obras brillan singular invencion y gusto.

En la era actual en que una nueva senda se abre al corazon y otro orden de cosas, otras sensaciones vienen á ponerlo en movimiento, el gusto de la poesia se hace general en España: mas como quiera que al hablar de algunos de los actuales poetas, seria necesario entrar en pormenores acerca de las dos escuelas que se disputan en España la primacia, reservamos esto para otros artículos en los que emitiremos con franqueza nuestra humilde opinion. J. B. y Q.

Advertencia.

Con este número se reparte á los señores suscritores la quinta entrega de la novela, correspondiente al pasado mes, cuyo título es: Una conspiracion en tiempo de Luis XIII, y la sesta y última se halla en prensa para repartirla en este mismo mes.

Madrid; Imprenta de la Compañia Tipografica